

ANGEL GABRIEL

(1952-1953)

Guillermo de la Cruz-Coronado

Universidade do Paraná

Estos poemas forman la primera y segunda parte de mi libro "ANGEL GABRIEL", dedicado a mi madre Gabriela Engracia, que le da el nombre y toda la realidad.

Primera Parte:

N I N O

I

ANUNCIACION

Angel Gabriel, arcángel
de las palabras creadoras,
de las grandes alas de oro,
oro ágil y vivo de la llama,
oro plácido de la piel virgen no besada.

Un suave murmullo de sombras en el aire
encendido, ondeante desde un punto infinito...
dónde comienza, Angel Gabriel, ese aleteo
potente, reposado, de tu sombra que avanza?

Bajas continuamente sobre las criaturas,
sobre los deseos castos;

muchos ojos vigilan antes de que aparezcas
por esos horizontes limpios donde la tierra
ha descubierto al alba una fuerza celeste;

muchos sueños de madre, corazones que asoman,
aguardan tu palabra nuncio de nacimientos;

escuchan tu rumor avanzando en la noche,
tu sombra amaneciente justamente en la aurora;

dulces ojos pasivos que tu anuncio fecunda
y en que, al cerrarse, ya nunca te desvaneces.

Estás siempre llegando, Angel Gabriel, al alma
de las mujeres puras, de los varones enteros.

Yo después he sabido que me trajiste un día
sobre un rayo de sol traspasando su carne,
como un ave de sol del color de tus alas,
como un ave celeste con las alas abiertas
resbalándose sobre tu palabra.

Enhorabuena seas, Angel Gabriel, venido
atravesando todo su corazón de esperas;

en el seno espectante, largamente transido,
escondiste tu verbo como el que esconde una llama,
como el que siembra un dios amado.

Aurora boreal hacia el deseo, ella
maduraba durmiente un idilio conmigo,
con mi padre, contigo, con Dios, con tantas cosas;

le anunciaba mi alma
el zumbar de colmena de tu túnica blanca
azotada al impulso de tu gozo evangélico;

le anunciaban mi cuerpo tus mejillas olientes
a cera pura, a mieles no catadas
de la no ida, última primavera.

Me trajiste pensando, Angel Gabriel, en una
expresa primavera para mi nacimiento;
tu astrolabio giraba
una noche desnuda a la luz de tu música;
noche final quebrada por alondras de estrellas;
luna llena animando la total armonía.

Me trajiste con una pléyade de silencios
rotos por una pléyade de dulces seres cantores;
sobre cogidos en el alto sentido de la noche,
vigilia ansiosa y tensa de mi presentimiento,
una música instante pujaba en sus gargantas
sólo esperando el roce de tus alas pasando:
seres cantores, tiernos amigos del poeta,
que los conoce en este primer vuelo sobre el mundo
y ya nunca los olvida.

Angel Gabriel, oh astrolabiador de las almas,
nuncio de lo que acaba de llegar a los hombres,
de lo que siempre está llegando,
de lo que nunca se acaba:
bajas continuamente sobre las criaturas.

Sobre el azul más cielo del año aleteaba
tu candidez angélica hacia la madre incierta;
definitivamente sin retorno arribaste;
era una playa abierta sólo al beso del agua
de la gracia de Dios sabrosa y plena de ángeles;
llegaste para siempre a un deseo de siempre.

Y te quedaste, Angel del Señor, conmigo,
con ella, con su gozo, en el seno sellado.

Yo crecía contigo como un ángel gemelo;
crecías tú en su rostro,
en el azul traído de tu noche,
aquella en que soñó con los ojos abiertos;
en sus dedos, veloces hiladores de mi vida;
en su sangre regándome de ella todas las venas.

Cuando un abril maduro yo me miraba en ella,
al borde de ella, madre de mi corazón reciente,
era tú toda ella transformada en arcángel
con esa inmaculada levedad de tu cuerpo
que no ocupa lugar y está siempre presente;
con esa desvelada mirada hacia el camino,
hacia los pálpitos del corazón pequeñito;
con esas manos blancas, menudas, poderosas,
en que fundió sus alas y manos un ser fuerte;
con ese rostro lleno de gloria que tú anuncias
de la gracia de Dios derramada en su nombre.

Correo de la vida, Angel Gabriel, te siento
descender en mi mundo con tus alas potentes
luminosas, guionas a través de mis noches;
la brisa de tu verbo cómo limpia aún mis ojos
de los monstruos visibles
y de las invisibles tinieblas;
cómo aspiro el calor de tus labios vertiéndome
fecundamente esta ansia de lograrme en arcángel,
Angel mío, Gabriela Engracia, madre mía.

II

VOZ DE MI PADRE

Me esperas tú, te espero
atrayéndote más al calor de mi vida
con tu faz más concreta
siempre, siempre más mía...

iluminada sangre tras noche sin comienzo,
labio para el amor de corazón perenne.

No te he creado nunca
pero en cada raíz de mi vida te creo;
es un presentimiento de cauces infinitos
que comienzan muy lejos, más allá de mi lejos;

ningún viento te trae,
ningún agua te empuja;
sólo palpo tu ascenso por los jugos secretos,
por los senderos intáctiles,
por los arroyuelos invisibles:

el caz de la mañana
que se dora en la tarde
y en la noche se intima de llamaradas silenciosas;

el caz de la garganta
que borbotan los pájaros;

al aliento asustado de tanta tierra oscura,
oscura tierra alzada hacia el calor del día,
alzada por los labios soterraños, que luego
gozan tanto del aire y su cuneo a flor.

Por todos ellos vienes, hijo mío;
por cada uno avanza un poco de tu vida.

Yo por todos te espero;
yo sé que todos ellos desembocan
en mi cauce que es único;

y espero que te entreguen,
que llegues a la vez desde tantos comienzos.

Ay, ya siento tu carne
casi como la niebla táctil de un ser haciéndose,
casi como la rosa de abril que ha comenzado
anticipada, blanca, en el borde del día...

Ay, ya miro tus ojos
parpadeantes contra los rayos virginales
de un mundo que esperándote ha olvidado su his-
[toria...]

Oigo tu corazón como el latir del pájaro,
ese que ha derramado en la mañana
su mejor alegría...

Ay, tu cara, tu alma,
viene mucho más lejos,
viene mucho más cerca;
de esa virginidad total, de ese integrarse
de ojo, de flor, de pájaro;
el salto diminuto

desbordado
de las entrañas de Dios Padre;

salto de fuego que llega,
se remansa y florece.

Tú por todos los cauces
subes, hijito mío;

subes con un arrastre primaveral de seres
hacia ese corazón de mujer que te espera,
hacia este corazón de varón que te hace...

de corazón a corazón los aires
soplan de un paraíso recobrado,
un paraíso donde el ser se rompe en niños,
todos los seres vueltos a niño,
otra vez niños sólo para que tú lo seas.

Me esperas tú, te espero...

Ven, hijo, ven; ya todo
te espera; es nuevo el mundo;

con tu primer latido
otra vez pura, intacta,
también mi vida empieza.

Madrid, 7-III-1952

III

NACIMIENTO

En el abril sin hora,
primitivo, virgíneo,
— todo el año en un día,
todo el día en un punto —
tu corazón, henchido de tí misma, crecía
apretado de labios, de latidos, de manos,
de ojos, muchos ojos;
apretado de ti, ansiosa de sentirme.

En el abril con horas de todo el año, hijo
yo de toda tu vida,
desbordaba rompiéndote,
rodaba por tu carne,
y en cada pedacito
descubría un latido,
despertaba un alma.

Luego, por ti llamado
mimosamente desde fuera,
por tu ansia de conocer tu propio corazón secreto,
yo, apenas distinto,
casi tú todavía,
brotaba de tu cuerpo,
de tu alma clarificada.

La lluvia, amada ya para toda la vida,
latía niñamente como nacida conmigo,
pequeñita, sonora, como un vagido de agua,
cálida por el beso de la entraña celeste,
la nube, colorada como un ángel suspenso,
sorprendido mirándome como una gota de hombre.

Yo todavía sin ojos,
sin palabras, sin alma para la primavera,
extraño de este mundo,
me buscaba a mí mismo
y volvía contigo;

en tu seno lloraba
— y tú no lo sabías — . . .

lloraba por volverme otra vez por tu sangre
hacia tu corazón que es un mundo sin ruido,
un mundo donde yo sin ojos conocía
el color de tus glóbulos y sus senderos por tu cuerpo;

lloraba por volverme otra vez a ese mundo
donde tu alma es toda la primavera;

lloraba para verme sorbido por tus besos,
tus deseos de no dejarme nunca
ser otra cosa, un hombre
distinto de tu corazón.

Te salía el deseo por esa sangre blanca
que saltaba a tu cuerpo de dos fuentes gemelas
brotadas del hontanar profundo;

yo, trémulo, instintivo,
ávido del recuerdo,
asía, me colgaba,
me bañaba en su gozo...

y me encontré de nuevo
para tu corazón sólo nacido.

IV

C U N A

Siempre los ojos llenos
de tu blancura móvil,
solicita, serena,
oh arcángel de mi cuna...

Siempre los ojos verticales... siempre
el fondo azul recortando tus alas,
el azul infinito
que te salía del alma...

Siempre mi cuerpo horizontal, cercado
de tu cariño y tu mirada,
intentaba el apoyo sobre la blanda tierra,
pujaba los arranques,
los vuelos incipientes
de los primeros deseos,
de la primera esperanza.

Todo mi mundo era
un alba azul y clara
con tu figura emergiendo
del hondo azul de la mañana.

Tu figura cantándome
con su vibrar de ser alado, al borde
de mi mundo en pequeño,
germinal, todo esperas.

Me miraban tus ojos
y en ellos mi horizonte crecía y se poblaba,

un horizonte donde quería ser alondra
el corazón animado
del aire de tus vuelos.

Horizontal el cuerpo,
vertical la mirada,
me crecía la carne ocupando más tierra,
me crecía más cielo agrandándome el alma.

Y cada vez tu rostro era más limpio,
más hermosa tu carne,
más de dentro tus pasos, tu aleteo...

cada vez emergían
sobre del cielo más cosas
como si tú las fueras descubriendo
bajo la piel del aire alzada por tus vuelos,
como si fuera surgiendo de tus alas.

Cada vez más colores
del mundo en tu blancura;

sonando más a bosque
el averío de tus palabras.

El sueño no era un tránsito,
una lejanía momentánea:

eran los párpados transparentes
o eras tú recogida para dentro
con mi mundo en comienzo...

eras igual, iguales...
tú y ese mundo que de ti nacía.

V

PRIMERA SOLEDAD

Cuando tú me dejabas un momento...

Mi alma toda sin fondo,
sin ecos, sin palabras,
toda sobre la superficie de mi cuerpo,
palpaba, se encogía...

eran las cosas ásperas,
oscuras, abismales...

 mundo estriado, frío,
donde mi corazón se laceraba,
comenzaba a sentirse a sí mismo diverso
como un trozo de ser congelado en la noche...

 cosas del mundo, fuera
de tu calor y de mi sangre.

 Me abandonabas un instante, y era
un abismo inundándome de pronto...

 aguas cortantes, tristes,
pesándome en la piel donde vivía el alma.

 El mundo se me entraba
en un helado silbo penetrante
hasta las entrañas desconocidas...

y sonaba mi fondo...

y era un pozo sonante
súbitamente descubierto y tenebroso.

Mi alma se encontraba
a sí misma, huidiza
de la soledad del mundo...

primer contacto extraño, primer eco
revelando mi fondo sonante de ser íntimo...

primera soledad de percibirme
distinto yo y las cosas...

primer dolor de estar echado al mundo
como una cosa más en lo desconocido...

y el retorno imposible...

primer dolor de tu abandono, madre.

Madrid, 11-IV-1952

Segunda Parte:

M U C H A C H O

I

PRIMER CAMINO

Asiéndome de ti como el que pulsa
las alas que no tiene, yo empezaba.

Vacilaba; tu mano
era mi primera senda;
senda de carne, mano
abierta, fina, larga...

caminando
sobre tus palmas, yo empezaba.

Palmas de madre, senda
levantada sobre la tierra,
tierra de tremedal, hecha de polvo
de seres y de miedos de pecado.

Caminaba contigo; no pisaba
los seres; no era polvo
el polvo para mí; seres enteros,
macizos, puros, para mi camino.

Oh, qué andar en el aire
erigido en sendero por tus manos;

en el aire seguro,
andariego como mis pies,
como mi corazón de deseos.

Más tarde, cuando el paso
crecía y se afianzaba;

cuando mis dedos, todavía
inocentes y ya obradores,
se alargaban al mundo
para amasar su polvo y devolverle
los seres reintegrados a su primera imagen;

cuando los seres se refugiaban
al calor de mis plantas...

tú de pie me pusiste sobre el mundo,
sobre el alma del mundo quebrantada
por entre los desgarros de su cuerpo,
espolvoreada como una nada.

Vacilaba; era un niño
que buscaba los ecos de mi voz en el monte,
animar con mis huellas los valles fríos del mundo,
repetirles el alba
a las rosas y al pájaro que las canta;

descubrir en el bosque manantiales recónditos
y devolverle el gozo
de su sorpresa de sombras,
de sus verdes y sus copas moviéndose.

Tras el niño, en mi sangre
la adolescencia latía;

ilusionada sangre me forzaba los pasos:
huella de monte a monte,

valle a valle saltándome
la virginidad del lago...

huella del ojo hería
el mundo dulcemente
abriéndome más caminos...

Sangre de adolescente
y su primera andadura...

qué gozo de distancias
fáciles, madre mía!...

Madrid, 20-IV-1952 ..

II

PRIMEROS HALLAZGOS

En la tarde de otoño
dulce de sol plácido y profundo
me hablaba una voz nueva,
tuya, resonando en las siembras,
en el seno de los frutos tardíos.

En el jardín casero todas
las flores olían a tus manos;
yo las besaba pensando
reconocer los pulsos de tu sangre,
una pequeña parte de mi alma
desparramada por tus ojos de jardinera.

Era el jardín pequeño
con una puerta al campo
por donde el campo todo se nos entraba,
todo jardín para nuestras miradas;

el mundo se acercaba a tus palabras,
y mi alma se llenaba
de sorpresas escuchándote.

Voz tuya
nueva
creándome
para mí toda la tarde,
el aire de las mariposas siempre aire,
el color tierno de los llanos,
la limpidez del pozo
multiplicando tus sonrisas,
purificándonos en su fondo.

Los dedos de la brisa
vesperal te esperaban;
cogían tus palabras, las llevaban
a las sobreaz de las cosas
destapándolas milagrosamente;
tus palabras soplaban
desvelándome el alma
del tiempo y de sus seres,
el corazón oculto de los días.

Voz tuya decantaba
las sombras de los cuerpos y sus secretos,
el pensamiento silencioso
de la fuente junto a la vereda:
fuente de tierra que recoge
huellas del hombre y su dolor caminante.

Mi alma recorría
todos los rincones de la tarde,
seguía el temblor de paráboles
con que tu voz atravesaba el aire,
líneas de polvo que brillaban
del gozo de tu voz rozándoles.

Tarde dulce de sol
plácido y profundo;
sol en todas las cosas
como si el alma única saliera
unos instantes a dorarse.

Yo la veía; alma
del mundo hallada en tus palabras;
alma abierta, con puerta
de fondo, hacia los campos sin recinto;

campos de Dios, anhelos
de hallazgos infinitos...

Alma mía se iba en tus palabras
persiguiéndole a Dios
el oro de su tarde.

Madrid, 16-V-1952

III

HERMANOS MAYORES

Ibais siempre delante
como estrellas humanas
cercañas y luminosas;

cercañas y grandes
con unos ojos que os corrían el cuerpo
hasta besar mi pequeñez,
hasta alzarse par de las estrellas;

estrellas humanas
configuradas y tiernas
como vuestro corazón y vuestros labios.

Os sentía muy cerca,
pero siempre os miraba
hacia la lejanía;

hacia ese inexplorado
ámbito de los sueños
de un no creado mundo;

el mundo que no pudo hacerse en un principio
porque Dios se lo guarda para sí eternamente.

Os sentía muy cerca,
pero siempre os miraba
hacia donde la luz del corazón se os abría;

lejanos,
mi rostro
se alzaba para veros
bañado de la sangre que fluía
a las mejillas para beber luz vuestra.

Una luz simple,
exquisita,
casi imperceptible,
os manaba del rostro, de las manos, del alma,
envolvía las cosas manuales de vuestra vida,
esas palabras gastadas por los labios ajenos;

y lo sencillo
y lo pequeño
se volvía sin límites
con la diafanidad de vuestro contacto.

Piedras caseras, vivas
por un alma de recuerdos;

alma doméstica,
única, acrecentada
por cada nacimiento,
por cada voz desvanecida;

seres familiares, animados
de nuevas esperanzas de la sangre
emanando otra vez hacia la vida.

Hermanos míos, erais
un alma múltiple que me traía
el pasado racial en vuestra presencia;

me despertaba el canto encerrado en la jaula,
los grillos y los jilgueros
cogidos cada primavera;

que me anunciaba el día
con labios donde se daban
cita todos los besos
sueltos de nuestra sangre,
muchas generaciones lanzadas hacia el amor;

que me dormía cantándome
una canción de amaneceres,
la nueva mañanita
aparecida sobre mi carne.

Vueltos hacia mi vida
qué hermoso era el comienzo del alba y su pro-
[mesa!...]

qué bien sonaba el agua llovediza del arroyo,
y era seguro y blando el candor de los lirios!...

cómo mi corazón de niño se derramaba!...

y cómo Dios saltaba
sin querer a cada paso!...

Curitiba (Brasil), 1-VIII-1952.

IV

HERMANO MENOR

1

Tú lo recuerdas menos, eras el más chiquito;

jugábamos los dos a bebernos la lluvia
que colgaba temblando, como frutos del tiempo,
de las choperas del arroyo;

el sol se reposaba sobre el silencio de los campos,
curaba las encinas,
maduraba los olivares;

la tarde se ponía triste cuando volvíamos
de catar los melones,
de festejar las primeras uvas,
de ver arar la tierra;

tocabas con tus dedos los olivos maduros,
y el óleo se escapaba de tus ojos de niño,
y curabas la tierra de sus desgarraduras.

Eras el más chiquito y lo recuerdas menos;
marchábamos los dos por las veredas de grama,
por los caminos polvorrientos;

nos íbamos solitos hacia los encinares
como dos niños buenos nacidos en el paraíso;

los perros asomaban a las tapias de piedra
y nos ladraban las sombras;

toda nuestra niñez marchaba con nosotros,
y toda nuestra sangre recorría el camino;

pero tu alma siempre se me iba delante.

Era yo para ti el más hermano; era
para tu sentimiento
un niño como tú pero mucho más fuerte;

tú espantabas la siesta y el sol adormecido
en el mediodía de las eras,
a lo largo de las resolanas,
con tus voces llamándome para sentirme junto,
para agarrar mi presencia.

El sol se nos ponía acariciando las matas,
apedreando las bellotas,
escudriñando las cepas;

me cogías del brazo fuerte con tus dos manos,
mirabas el camino
con deseos callados...

pero era el sol poniente tan hermoso y tan grande
— y eras tú un ser tan chico —
que yo me embebecía siguiéndole los pasos...

y él con su ojo único me miraba a mí solo,
se detenía un punto en la última loma,
parpadeaba como un alma cósmica que se muere;

se me caían dos lágrimas no sé de qué fondo del
[alma.

Me despertabas tú con tus escalofríos
que de piel a piel iban como un llamar levísimo;

me recobrabas para ti, volvían
a conquistar tus voces la tarde y sus senderos;

me llamabas muy alto con un grito de triunfo,
el de tu sangre cierta
de haber vencido al sol y al día en mis pupilas;

y era tu voz el alma momentánea del campo,
la alegría de todo salida a superficie
un instante siquiera para olvidar su tarde.

Tus gritos se quedaban resonando en la noche,
toda la noche asida de la dulce esperanza
de tu garganta sembradora
de mañanas y de primaveras.

Baltasarito hermano; al nacer tú, tenía
yo para ti empezado un camino; un pedazo
de mi vida aclaraba tu bosque y te llamaba
más allá de ese bosque que cada uno lleva
delante sin orillas;

bosque más largo que los ojos,
más ancho que los deseos del alma.

Era voz de mi sangre que sonaba en tus venas,
último río azul de un ángel que te baña;

aquella voz venía más allá de los árboles
desde una luz donde comienza la esperanza;

eco en mis venas, eco repetido en tu sangre:
la voz de nuestro arcángel.

Eramos los postreros, tú el más pequeñito,
y te hacías conmigo para correr la vida;

subíamos a los pinos
y parecía fácil acariciar la luna,
hallar en ella nidos de pájaros nocturnos,
de alas encendidas para las noches.

Tú eras para mí como uno de esos pájaros;

en tu rostro veía concretarse una imagen,
cara de siete rostros,
siete besos dejados para ti en aquel nido
que tú cerraste para siempre;
todos en ti pensábamos,
y algo de nuestra vida quedaba allí esperándote
para que tú volvieras a juntarnos a todos.

Yo fuí niño contigo;
te gustaban a ti los caballos al galope,
animar las espigas,
levantar las mariposas;
a mí aspirar la tierra, su calor y su aroma,
beberme los regatos,
palpar las amapolas...
pero eras como yo, y juntitos llorábamos
— no sé por qué llorábamos —
cuando las amapolas o los caballos morían.

Hermano Baltasar, yo te sentía
correr dentro de mí cuando corrías el campo,
burbujearme dentro la sangre con tu gozo,
espesárseme el alma con tus pequeñas lágrimas...

En las noches de luna
— dulces y grandes lunas de la Serena —
tú arrostrabas el cielo con tus párpados
y yo en ti me veía igual en tus pupilas...
y éramos ocho rostros alzados hacia arriba,
en fila, iluminados
por una luz venida más allá de la noche,
más allá de los bosques...
el más allá de Dios que se venía
y todavía viene sobre nuestra esperanza.

V

SEGUNDA SOLEDAD

Al caer cualquier día,
sobre cualquier sendero de muchacho,
de hombre incipiente, te perdía, madre;

eran muchos caminos
que me llamaban alargándose,
alargándose los afanes;

y alargándose en ellos
se me cayó la tarde.

Sobre cualquier caída
de un día, al pie de un monte, me cubría
la noche por abajo lentamente;

la soledad, las sombras,
la noche rebrotaba
del hondón de los valles,
del pie de los collados que se hundían
ahogados por un mar de sombras lentas;

sombras espesas subidas
del fondo oscuro de la tierra.

Por vez primera vi nacer la noche,
surgir toda la noche
para mí, solo, ser anochecido
en una encrucijada evanescente.

Por vez primera vi que eran las sombras
sombras, amenaza de muerte.

Perdido de tu mano
sentí en mi campo la primera noche,
sobre mis ojos las primeras sombras,
un comienzo de muerte sobre el alma.

Todo estaba distinto
en mí, fuera de mí; todo era otro;

del niño y primer lloro,
a este muchacho, a este silencio;

de la primera soledad de entonces,
a este comenzar a estar muerto;

de la cuna a mi medida,
a este valle en que se pierde el cuerpo;

de la simple extrañeza de las cosas,
a este sentirlas, ya mías,
agonizarme en los ojos.

Cuna, primera soledad del niño;
noche, segunda soledad del hombre.

Todo estaba crecido;
todo estaba distinto;

el llanto primitivo se tornaba
en un susto total que paraba las lágrimas,
que las torcía el rumbo
para saltar por la garganta;

gritos para llamarte
desde mi muchechez amenazada;

gritos que es la conciencia
de la vida, primera
resistencia del hombre ante la nada;

gritos que movilizan
de nuevo el curso de las lágrimas;

voces mojadas, soledades
entre la virilidad y la infancia.

La tarde, allá del monte, retorcía
sobre la curva de las lomas
su cuerpo de luz pálida...

La tarde allá del monte, era el escorzo
doliente de un gran muerto
que aún tiene en la mejilla
la última caricia
de la sangre rodada.

Al caer cualquier día,
yo, ser primera vez anocheciente,
te llamaba, ángel mío...

y escuchaba mi nombre
voceado por ti contra la noche,
con esa angustia de madre
que teme dejar de serlo en una tarde.

Nuestros nombres se hallaban,
se acariciaban en el aire;

contra cualquiera soledad querían
seguir siendo hijo y madre.

Te hallaba, y en el mutuo
latir se nos doblaba
la soledad, se nos quebraba sola...

todos los seres de la noche
se iluminaban por dentro
se transverberaban de amanecidas...

Cogido a ti de nuevo,
 la luz transpuesta reencendíase
 no sé por qué secretos puentes de luz en las estre-
 [llas,
 en los seres nocturnos
 no sé por qué hilos subterráneos...

 Cogido a ti de nuevo,
 detrás de cada estrella me sonreía un ángel;
 detrás de cada sombra
 parpadeaba Dios multiplicándose;
 detrás de cada muerte
 una resurrección espectante...

 Cogido a ti de nuevo,
 toda la noche amanecía.

Bosque del Paraná (Brasil), 20-VI-1953.